

Río subterráneo

Juegos de sombras que bailan en el pasado

Claudia Guillén



Más de una decena de libros conforma la obra de Bruno Estañol, quien más allá de su importante carrera como médico neurólogo decidió abreviar en otros terrenos de la mente a través de la ficción narrativa. Así ha practicado, con gran fortuna, la novela, el cuento y el ensayo.

Como sabemos, el quehacer de un neurólogo es encontrar respuestas científicas a los procesos y enfermedades del cerebro; sin embargo, pareciera que el doctor Estañol en su afán de llegar más allá del método teórico y científico escarba en diferentes corrientes que aluden a los procesos de la condición humana y cómo estas repercuten en nuestras más profundas obsesiones.

En su última entrega, *El ajedrecista de la Ciudadela*, el autor utiliza pensadores imprescindibles del siglo XVII para dialogar con su narrador, que vive en el siglo XXI. Se trata, pues, de una novela con una estructura temporal no lineal, semejante al flujo de conciencia que va de una época a otra para así intercalar las ideas del pasado y del presente dentro de una misma lógica. De igual forma, Estañol se vale de un narrador que se dirige, casi en la totalidad de la trama, a una segunda persona que el lector no puede ver, como una suerte de testigo mudo o, bien, un confesor que escucha en silencio las tribulaciones de un alma repleta de cuestionamientos. La línea temporal en este relato está planteada desde el desdoblamiento de ese narrador que por momentos alcanza la omnisciencia y que a la vez lleva, sin tropiezos, de la mano al lector.

El pensamiento del científico y teólogo sueco Emmanuel Swedenborg (1688-1772) es una figura esencial en esta novela, ya que a partir de la premisa de El Cielo o El Infierno, tanto el narrador, Orobio Castro, como el hereje, Richárd Raséc, elab-

boran un discurso que los lleva a reflexionar sobre los postulados del filósofo naturalista sueco, quien, como sabemos, ya pasado su medio siglo de vida dejó las investigaciones científicas para dedicarse, enteramente, a la investigación teológica, psicológica y filosófica, con la idea de hurgar en la espiritualidad racional del hombre. Gracias a estas inquietudes estableció relaciones con personajes como Newton, Leibniz, Voltaire, por mencionar algunos. Y en nuestra lengua Jorge Luis Borges fue su más importante difusor, pues impartió varias conferencias sobre las ideas de este personaje.

El narrador es un apasionado del ajedrez y lo practica con esmero en esos partidos que se llevan a cabo en la plaza de La Ciudadela, en la Ciudad de México. Ahí conoce a un “adivinator y hereje”, Richárd, con quien establece una estrecha amistad que se sustenta en el diálogo continuo sobre Swedenborg, así como de otros pensadores de la época: el francés Blaise Pascal (1623-1662) y el holandés Baruch Spinoza (1632-1677), sin dejar de lado al gran ajedrecista cubano José Raúl Capablanca (1888-1942). Se trata de un mestizaje de personajes que coinciden, quizás, en una premisa: el juego como parte inherente de la condición humana: “Usted me pregunta por qué vengo a jugar aquí. Es el lugar donde puedo jugar ajedrez todos los días. ¿Qué es el ajedrez? Es como las matemáticas y la música y la poesía: una pasión au-

tista: una pasión que te encierra dentro de ti mismo y que se basta a sí misma” (p. 53).

Y más adelante nos dice: “¿Será la vida en realidad un gran juego? ¿Un juego que uno juega contra los otros, contra los padres y hermanos, o contra uno mismo? ¿No es la vida una pereme y perdida partida contra Dios?” (p. 59).

Estos párrafos ilustran algunas de las más grandes preocupaciones de los personajes, tanto los que crea Estañol como los que vivieron en otras épocas, es decir, la idea de la vida y la muerte. Y cómo el juego continuo de la existencia lleva al ser humano a forjar una suerte de símbolo laberíntico que se convierte en una espiral semejante a la de Dante en el *Infierno*.

Esta novela se divide en 28 apartados en donde el autor echa mano de la primera persona, del diálogo y del recurso epistolar. Flavia y Orobio Castro y Richárd son los personajes principales. El café La Habana es el lugar de reunión de los personajes masculinos. Sin embargo, la presencia de Flavia despierta, en ambos, conflictos que parecieran intencionales para dar respuesta a las preocupaciones de estos personajes y así dar pie al desdoblamiento de estos, con lo cual consiguen intercalar diferentes filosofías con las que logran evadir la monotonía de su vida cotidiana.

En *El ajedrecista de la Ciudadela* el lector encontrará una confesión sin arrepentimientos siempre cargados por el recuerdo de ese imaginario que puebla todas las obsesiones de Orobio y con ello podrá apropiarse de la vida de estos personajes de otras épocas semejantes a juegos de sombras que bailan en el pasado. **U**

Bruno Estañol, *El ajedrecista de la Ciudadela*, Cal y Arena, México, 2013, 206 pp.